



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**MICHELINE DUSSECK**

*Dolores y compañía*

[fragmento]

**Edición impresa**

Micheline Dusseck, *Dolores y compañía*, (2015)

**En**

Micheline Dusseck *Dolores y compañía*, Ed. megustaescribir, (2015), Pallejà (Barcelona), pp.168-172.

**Edición digital**

Micheline Dusseck, *Dolores y compañía*, (2016)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Octubre de 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R).



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



## *Dolores y compañía* MichelineDusseck

Pero cada vez que mencionaba mis deseos de tener un futuro en común contigo, me castigabas dándome la espalda o echándome como ahora. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces hemos jurado no volver a vernos más. Pero ahora estoy cansado de tus desplantes, Dolores. Ya es hora de que comprendas que no nos vamos a separar nunca. Entre nosotros, hay algo mucho más fuerte que los lazos matrimoniales que te unen a otro hombre. Y te voy a decir qué es: mi sangre y la tuya están unidas para la eternidad. Más allá de nosotros mismos.

— ¿Adónde quieres ir a parar, Máximo? —protestó esta vez la mujer.

— ¡Estoy hablando de mis hijos —replicó Máximo—, quiero reivindicar lo que es mío: mis hijos. ¡Esos hijos que tú y yo hemos concebido amándonos!

— ¿Tus hijos? —repitió con inquietud la mujer— ¿Te has vuelto loco?

— ¡Vamos, Dolores! No sigas tomándome el pelo. Sabes en lo más profundo de ti misma, que soy el verdadero padre de tus hijos. ¿O debo comprender que es tan dolorosa para ti la verdad que prefieres ignorarla? Te obsesiona tanto negarla, y estoy convencido que te tiñes de rubio para que la gente crea que tus hijos han heredado el color de tu pelo. Debo advertirte que eso no cambia nada. Te fastidia ¿verdad? La naturaleza te ha jugado una mala pasada; me huías para no tener descendencia con alguien con sangre gitana en las venas, pero tus ovarios han decidido otra cosa. Esos chicos no llevan mi apellido pero son mis hijos naturales, tienen mis genes y perpetrarán mi linaje a través de generaciones. ¡Te guste o no, querida!

— ¡Eso no es verdad! ¡No es verdad! ¡Luis es el padre de mis hijos! —clamaba la mujer.

— Tus dos hijos vivos, Felipe y Nieves, ¡son mis hijos! —sostenía el hombre con firmeza. Estoy dispuesto a someterme a todas las pruebas necesarias para demostrarlo, si quieres. El único descendiente de Luis, tú lo sabes bien, fue aquella pobre criatura que habéis abandonado en una casacuna y que murió lejos de su familia. Os avergonzabais de tener un hijo discapacitado, una nota discordante en esa familia tan perfecta.

La mujer seguía protestando pero apenas se le distinguían las palabras entre los sollozos. Luego se fue tranquilizando y volvió a hablar el hombre que demostraba no tener compasión.

— ¡Mira esta fotografía, Dolores! ¿A quién ves tú en ella? —sugirió él tranquilamente.

— ¡Déjame ver! —se había acercado la mujer-. Es Felipe, mi hijo, el día de su primera comunión aunque no reconozco el traje que lleva. No me acuerdo haberlo visto vestido de marinero. ¿Cómo la tienes en tu poder, Máximo? ¿Quién te la ha dado?

— ¡No es tu hijo, Dolores! La fotografía es demasiado antigua para que sea él. Soy yo y efectivamente iba vestido de marinero el día de mi primera comunión. ¡Ves cómo Felipe y yo nos parecemos! Tanto que ni siquiera tú, su madre, puedes distinguirlo de mí. Es una verdad como un templo que nadie puede cambiar: tú y yo tenemos en común dos maravillosos hijos.

Estas últimas palabras desataron una verdadera crisis de nervios en la mujer y Juan, asustado, se planteaba salir corriendo, pues la vieja construcción retemblaba con los golpes en la pared, en el suelo, contra los muebles. Pero el viejo pescador comprendió que la sangre no llegaría al río; el hombre conservaba toda su sangre fría aunque la mujer lo zarandeaba, lo insultaba y amenazaba con romper toda la casa, habitación por habitación.

— ¡Márchate! ¡Vete de aquí! ¡No quiero volver a verte! —gritaba.

— ¿No sabes decir otra cosa? —le espetó el hombre sumamente tranquilo. ¿No ves que siempre me has echado y luego eres tú quien vuelve a buscarme? ¡Me deseas, me amas, Dolores! A pesar de ti misma. ¿No te has parado a pensar qué hay en mí que te atrae tanto, querida? Tal vez sea ese lado gitano que rehúyes. No conjuga con tus gustos, ni te halaga de cara a la galería, pero en la intimidad, solo alguien como yo sabe satisfacer tus fantasías eróticas. ¿No es así?!

— ¡Vete, Máximo! ¡Si no, llamo a la policía! —amenazó la mujer completamente fuera de sí.

— ¡Sabes bien que no lo harás! Porque es un asunto que no te gustaría que se sepa por allí, por el “qué dirán”. No te preocupes, me voy, pero volveré. ¡Te lo juro, Dolores! Me voy porque ya estoy hasta el gorro de tus mentiras. Pero a cambio de todo lo que he perdido por tu culpa, quiero que me des al menos mis dos hijos.

Se oyó luego unos pasos bajando la escalera. El portón se abrió poco después y se cerró de un golpe secó. Poco a poco, volvió el silencio. La mujer siguió sollozando un rato más en el cuarto y luego dejó de oírse. Juan no sabía qué hacer. Se acordaba de Luis imaginando qué mal trago hubiese sido para él, si estuviera en su lugar.

Al rato, volvió a manifestarse la mujer; se le oía entrar en el cuarto de baño. Poco después, también bajó la escalera y se marchó a su vez.

Habían pasado más de cuatro horas y Juan no podía creer que era cierto todo lo que había oído. La casa había recobrado su atmósfera de vivienda deshabitada. Sólo se oía el quejido de los arbustos del jardín que movía con fuerza el viento de levante.

Juan pudo bajar con tranquilidad hasta la cocina. Detrás de la vieja puerta que daba al jardín, se oían unos sollozos. Juan empujó la puerta. Jacinto estaba allí, llorando como un niño. A su lado, había un charco repugnante, había arrojado el copioso almuerzo que le ofreció horas antes.

— ¡Pobre hombre! —le dijo Juan acariciándole la cabeza. ¿Tanto jaleo te ha asustado también? ¡Tranquilízate, se han ido y no creo que vayan a regresar hoy.

Fue entonces cuando se acordó de Paquita, a quien no advirtió de que iba a tardar tanto.

— ¡Menuda bronca me va a echar! —se dijo saliendo a toda prisa en dirección al muelle del vapor para intentar embarcar en el último viaje de las nueve de la noche.

Aquel día, de regreso a su casa, Juan estaba embargado por una curiosidad malsana. Quería saber más de aquella mujer. Se sentó al lado de su mujer que estaba viendo la televisión, a la vez que se entretenía con labor de punto y se puso a bostezar.

— ¿No vas al bar de Paco hoy? —observó Paquita. Era la pregunta que estaba esperando para iniciar una conversación sin ser inoportuno.

— No tengo ganas de salir —contestó él. ¡Oye, Paquita!

— ¡Dime hijo! —replicó ella.

— ¿Te acuerdas de la mujer que bailaba tan bien en la caseta de la feria? Una rubia vestida de rojo.

— Sí. ¡Dolores! ¿Qué pasa con ella? —preguntó a su vez Paquita, dejando la labor en su regazo para fijarse en su marido.

— ¿Sabes mucho de ella? ¿La has conocido? —quiso saber él.

— Todo el mundo aquí ha conocido a Dolores, menos tú que te embarcaste muy chiquitito. ¡Dolores Cantero! Si se crio aquí cerca, en la barriada de al lado.

Así de fácil descubrió Juan unos detalles de la vida de la esposa del madrileño que probablemente él mismo ignoraba. Dolores Cantero, según su esposa, llamaba la atención en la zona por su gran belleza. Muy joven, se echó un novio que ninguna de sus amigas había llegado a conocer, salvo a través de sus comentarios. Aquel noviazgo no era un clásico de aquella época que se inicia entre vecinos del mismo barrio o entre miembros de una pandilla. Sólo se veía con su novio cuando iba al Puerto de santa María donde vivía él. Además como era bastante mayor que ella, el romance adquirió una intensidad que no era del agrado de la familia de Dolores.

— ¿Cómo se llamaba ese novio? —quiso saber Juan.

— Antes, me vas a decir por qué te interesa tanto esa mujer ahora. ¡Te conozco Juan! —gruñó Paquita.

— ¡Anda, mujer! —protestó el pescador— si me contestas, te prometo contarte toda la historia. Te vas a quedar de piedra.

— Creo que se llamaba Serafín —contestó Paquita que se puso a reflexionar— ¡No, Serafín no era su nombre! Han pasado tantos años de eso que se me ha olvidado. ¡Ya está! ¡Ahora me acuerdo! Se llamaba Jacinto.

— ¿Jacinto? —clamó Juan sorprendido— ¡No puede ser!

— Pero aquella historia acabó mal —prosiguió Paquita que había reanudado su labor de punto—. Los separaron. Decían que estaba medio loca cuando sus padres la enviaron a Madrid.

— ¿Pero qué dices? —exclamó Juan.

— Los padres de Dolores no querían oír hablar de aquel pretendiente. Decían por allí que cuando los separaron, ella estaba embarazada de él. Pero, para otros, fue un pretexto que inventó ella para obligar a sus padres a aceptar su unión con Jacinto, el gran amor de su vida.